



El Partido Popular de Arelliza y Cabanillas y la Unión Democrática Española de Monreal Luque buscan el centro.

Lo primero que sucede con las elecciones es que, con el actual contexto de la vida pública española, con el natural residuo de un larguísimo período de sistema antidemocrático en el país, no ofrecen ninguna garantía. Lo segundo que sucede es que son prematuras. Aun dejándolas para junio —después de haber sido planeadas para marzo, abril o mayo— es un plazo demasiado precipitado: no puede haber unas elecciones puras y decentes si cuatro o cinco meses antes todavía los partidos políticos están tolerados —unos más que otros—, y los actos en que deben darse a conocer son suspendidos o vigilados de tal modo que no hay garantías de seguridad para quienes asistan a ellos.

SIN embargo, hay ya muchos nuevos ricos de las elecciones que están preparándose para ellas. En primer lugar, desde luego, las organizaciones de derechas, las alianzas de tipo neofascista como la Alianza Popular. Para este tipo de supuestos partidos, cuanto antes se celebren las elecciones, cuanto menos se depure la vida nacional, mayores posibilidades hay de éxito. Pero también los partidos de izquierdas parecen apresurarse, y en estas fechas ya cada uno tiene más o menos configuradas sus listas electorales, incluso los que no están legalizados.

ESTO se produce porque dentro mismo de la oposición democrática hay desconfianzas e inseguridades. Nadie está seguro de lo que va a hacer el partido de al lado. Nadie está seguro de quedarse detrás en la carrera por las actas de diputado.

ES probable que tenga que ser así y no de otra manera. Que tenga que ser así por una especie de fuerza del destino cuyo análisis nos daría una serie de oportunismos históricos y políticos que impidan una situación normal. Un perfeccionismo, una busca de unas elecciones químicamente puras, nos alejaría de cualquier posibilidad real. ¿Son puras las elecciones en otros países occidentales?

DE todas formas, no es fácil creer que no pueda haber un empeño mayor en la busca de fórmulas más justas, más representativas. En el diálogo con el poder gubernamental, este cede poco: sigue paso a paso su propio programa. La oposición no tiene demasiado terreno que perder: sin embargo, cede más. Sería precisa una información pública suficiente y clara de las intenciones de la oposición, de cuál es su punto máximo de concesiones, a partir de qué momento todos sus partidos —pero todos— están dispuestos a no transigir en un camino que les puede llevar a la confusión durante unos cuantos años. ■

Los  
CoNteM  
poRa  
nEoS

## EL TERRENO INVADIDO

El viejo republicano sentimental está incómodo. Ha ido a almorzar a un restaurante y en la mesa de al lado ha visto un personaje increíble: el Rey. Y la Reina. Comían y bebían como todo el mundo. Recibían los mismos empujones de los camareros apresurados. "¿Qué nos queda a nosotros —dice el viejo republicano sentimental— si los Reyes se comportan como nosotros?"

Es una línea, una tendencia, le respondo. Los grandes de este mundo buscan ahora ser ciudadanos medios. Carter, al jurar la Presidencia de los Estados Unidos, ha paseado del brazo de su esposa por las calles. Ya empezó Giscard d'Estaing, cuando destruyó todos los protocolos de grandeza de su antecesor, De Gaulle. El nuevo mito es que el poderoso sea como un ciudadano cualquiera, un "uomo qualunque", un "man in the street".

"Pero eso era lo nuestro... Nuestro terreno, nuestro habitat: un traje sencillo y cómodo y un pasear tranquilo por las calles de la ciudad. Nos sentíamos reyes en nuestro "aurea mediocritas". Para ellos, para los Reyes, el traje de armiño y la corona. Sólo así podía uno pensar en la guillotina. De otra forma, ¿quién pensaría en guillotinar a uno que se sienta en la mesa de al lado del restaurante?"

Nadie, afortunadamente. Nada cambia con la guillotina en la plaza de la Concordia o con el hacha en la Torre de Londres. Nada cambia con el traje. Ya lo decía Carlyle: "Los trajes escapan del cuerpo dramático; y duques, grandes obispos, generales, el mismo monarca, todo hijo de madre, quedan desnudos, sin una camisa que les cubra: y no sé si reír o llorar". Este desnudo filosófico es una razón ácrata: porque decía también Carlyle: "La sociedad, que cuanto más pienso en ella más se asombra, está fundada sobre el traje". Se habla estos días de que Felipe González se ha puesto la corbata para visitar a Adolfo Suárez: a la izquierda le hubiera gustado más que Adolfo Suárez se hubiese puesto cazadora y zamarra para recibir a Felipe González. ¿Y monseñor Tarancón, todo un cardenal, vestido de simple alzacuellos y traje oscuro? ¿Dónde están las pompas de antaño?"

"Se acercan a nosotros —dice el republicanote—: cuidado. Nunca se han acercado más que con alcabaleros, corchetes o alcaides. ¿Qué quieren ahora de nosotros?". El lenguaje del buen hombre es un arcaísmo. "¿Qué van a querer? —le digo—. Quieren lo de siempre. Antes impresionaban con el armiño, o la peluca o la toga; o con el contorno. Ahora eso ya no impresiona. Lo que impresiona es el traje gris y el paseo por la calle. Mira cómo tú mismo te has impresionado, te has estremecido. Ya sabes que son como tú. Y, al mismo tiempo, que no son como tú. Es el misterio que más impresiona hoy: el de la naturaleza, el de lo cotidiano. Que aquello que no se distingue en nada de ti mismo, sea todo lo contrario de ti mismo". "¿Pero los grandes son hombres como los demás! Haz su traje transparente, como el filósofo de tu Carlyle, y tendrás un hombre como tú...". "Pero al mismo tiempo sabrás que no es como tú. Que vive en la Casa Blanca, o en el palacete de la Moncloa. No tiene cetro ni corona, pero al mismo tiempo tiene cetro y corona".

El viejo republicano queda inconsolable. Le están quitando su clase media. Era su última fuerza. ■

POZUELO